

Por las calles húmedas se cruzaban las sombras envejecidas de los barrios Montmartre, Etoile, Latin, Passy, figurines de modistos de cuarenta a cincuenta años, grupos de viejas provincianas tocadas de negro, ojos que han visto mar, ríos, bosques, otras ciudades, muchos países, gotear del moho de una iglesucha románica, lamparillas de los dancings de Saint Cloud, megáfonos del Ejército de Salvación, pisos de la torre Eiffel, calesitas del Luna Park, rostros, idiomas, multitudes.

—Imposible... Necesario —murmuró el Irlandés.

Supuse que nos iba a leer por cuarta vez la nota de expulsión de James Joyce de la corte inglesa, quejarse de los turistas americanos y pedirnos cincuenta, diez o cinco francos.

—Empezaré hoy mi cátedra de inglés en la academia Berlitz; pagan mal, pero es necesario vivir; por ejemplo, ¿no tienen cinco francos?

Los tiempos para el Irlandés eran decididamente adversos. La catalana que protegía el triángulo de su barba rubia, manchada por la mañana de whisky, de cognac y sueño, ahora descansaba su cuerpo y sus ánimos en el cabo de Mallorca; la suiza, la médica suiza que adoraba su cabeza de Lord Tennyson, descansaba para siempre en el río Marne. ¡Ah!, para el mal de sus pecados todas las mujeres del barrio descansaban en otros países, en el más allá, o volvían a los brazos de sus padres o sus maridos.

El Irlandés traía sus ojos dorados, como las cinco mil o diez mil ventanas de las casas de los diques de la Senne, por el sol de verano.

El café Dome: la tabla de anuncios ofreciendo departamentos, piezas, cambio de lecciones, cinco o seis amigos, mujeres de todos los mapas y todos los oficios, el farsante hindú y sus signos, la declamación de un charlatán de feria; el Parnasse, su dueña rosada de tanto acompañar la nostalgia y la soledad de los extranjeros, el poker, los besos, los besos de una inglesa, y las vacaciones de las inglesas, los trajes, las boquillas y las risas; el Quaie de femmes, pequeñísimo cabaret, antigua Universidad «El Camaleón» de Paul Valéry, Giraudoux, Morand, Stravinsky, Max Jacob, Picasso; Closery de Lila, sus mesas coloradas, la epilepsia del escultor catalán, la mujer del pintor Gvanovsky, las botas del judío Sborovsky, comprador de cuadros, damas polonesas desbocadas; el parque de Montparnasse, nos traía el Irlandés por no haber conseguido cinco o diez o cincuenta francos.

Una mujer gorda rechinó los dientes muy cerca del Irlandés, y lo arrastró con su voz

de gong apolillado.

Media hora más tarde dimos con el cónsul uruguayo de Atenas y sus nostalgias de la calle Sarandí, Helene Murillo discípula de la academia de pintura Loth, y la periodista alemana que se vanagloriaba de los amores de su hija:

—Ya conoce casi todo el barrio. ¡Extraordinario!

El griego Apanasis, discípulo del escultor Bourdelle, sacó la revista de sport, dibujó varios boxeadores, y se hizo a un lado.

Luego llegó Sumánovich, el pintor servio, que odiaba a Mussolini. Saludó haciendo inclinaciones cómicas y me preguntó por Luis Martínez Oro, tenorio porteño.

—¡Ah, cómo admiraba sus cabellos de indio y sus miradas de acero!

Hizo breve silencio como para dejar pasar al tocador de balalaika del té de la calle Berry y su bata amarilla, dos frases luteranas de un actor de Nuremberg, y se echó a reír:

—Aun en París no se encuentra París.

Al oír la risa de Sumánovich, a la librería de L'Estetique le entró miedo; pensaba en la suerte de su sobrino Karl, pintor surrealista, y en la suerte de su librería y sus dos hijas: la morocha que había aprendido inglés en Norteamérica, y la rubia que gustaba del vino de Palestina; y pensó en el mozo de San Pedro, cara de indio, converso por fray Cayetano, lector del Speculum de San Buenaventura.

El cuello de Patricio de Meabe, cónsul en el Havre, la risa de Sumánovich, que se detuvo en:

—Excúseme, mi señor, y en el «tengo miedo» de mi amiga Marguerite, me obligó a pedir un Martell y a concentrarme quince minutos.

Clarise, amiga de la dueña de L'Estetique y de su hija la rubia que irritaban las beatas de la iglesia situada frente a la librería y que enternece la cabeza romántica de un adolescente puschquiniano, y Sumánovich que habla de las montañas de Servia, de las canciones bárbaras de los montañeses. ¿A quién? A Clarise.

Clarise, Sumánovich pasan. Los he visto juntos. El que siempre habla es Sumánovich. Es claro, las montañas, el mar, las canciones, el sol, la vida primitiva.

Sumánovich, Clarise; Clarise, Sumánovich. En el Luxembourg, en L'Ambassade, en el Depart. Después...

Sumánovich. Sumánovich. En el Luxembourg; en la torre, en el Depart.

—Es muy triste, pero muy triste —lloriquea la señora de L'Estetique—, Sumánovich está loco. Dice que es inventor de automóviles, y que ha hecho un modelo original, único.

—¿Clarise?

—¿También usted ha comprendido? —me pregunta.

—No. Si ella no lo amó nunca. El pobre Sumánovich se hizo ilusiones hasta que llegó a los automóviles. Dice que ocultamos a Clarise; dice que le negamos noticias de Martínez Oro.

—¡Pensativo! ¡Qué raro! Hay que abrir los ojos —dice, y hace su mímica el modisto italiano.

—Es verdad.

—¿Comparte mi opinión?

—Claro.

—Luego, estamos de acuerdo.

Su amigo el alemán Weber descansaba de las fatigas del cuartel. Así llamaba a su curso de Geodesia.

—Señor, pienso con el tiempo hablar más rápido —me dice Weber—. Los cafés de Berlín son grandes, más grandes que éstos... —añade.

He vuelto a oír la risa de Sumánovich, sus pasos lentos, sus continuas excusas y la historia de los montañeses.

—Iremos a bailar a Versailles —le digo a mi Marguerite que limpia su gorra de vasco.

—Vamos.

—¿En qué piensas?

—En la respuesta de mis padres. ¿No sabes que pronto me caso?

—¿Con quién?

—Con el aviador.

—¿Me quieres hacer llorar?

—No me tomes el pelo. Le he escrito diciéndole que tengo un amante, y me ha contestado que no le importa. Que quiere casarse... Me da lástima; es generoso. Y luego, una situación es una situación.

Ha pasado el ruso que me dijo:

—Ahora nadie ríe en la Santa Rusia.

La boca de cura protestante del estudiante Butler, la boca de cínico del dibujante Pigazzi, la boca del financista de as, se abren para hablar pestes de las fábricas de tallarines y de la facultad gótica de Buenos Aires.

Un león acostado, y a su vera un niño gordo, a la sombra del árbol que rinde su fruto semejante al pan, moneda antigua de Bolivia, trae a la memoria el joven estudiante de medicina Molins, y su puna de Atacama, aquella Puna cedida a Chile por Melgarejo a cambio de un pantalón de montar y el caballo Holofernes.

El araucano Barros arrastra no sé cuántas palabras y sombras de las estatuas de las Islas de Pascua.

—Gallo, ¿qué haces? Vámonos a las Indias. Preséntame a tu cabra —me pide.

—Marguerite, aquí tienes a un auténtico indio. Bailan la cueca, y le han puesto las tripas a la miseria.

Pero la risa de Sumánovich, la carita momificada de Clarise, las calles húmedas nos han traído la medianoche, y el silencio y la nieve, y el castillo de la Conciergerie, que ruedan bajo los puentes de la Senne.

—Cuidado, señor, cuidado —me recomienda una mujer enorme que se pasea y fuma.

—Cuidado, señor, cuidado —insiste.

—¡Yo no soy Sumánovich! —le grito destempladamente.

—¡Ah!, vamos, es extranjero —exclama, y se estampa en la noche de París.